

En vez de vocación

JULIO ALMEIDA

En un artículo en Blanco y Negro de 1996, Julián Marías afirma que “el talento es la aplicación adecuada de las facultades que toda persona normal tiene a aquello para lo cual tiene vocación”. Hay personas que no se deciden a aplicar a fondo sus facultades, que en realidad tienen menos talento y funcionan por debajo de sí mismas; personas —niños, jóvenes, adultos— que por timidez, por haraganería, por falta de confianza, acaso inducida, por lo que fuere, no se atreven, ignorando que la libertad es una facultad de atreverse, una voluntad que se pone en marcha. Se trata pues de aplicar unas dotes, pero a algo de verdad querido e interesante. Se titulaba el artículo de Marías

“En vez de talento”. Yo quiero hacer hincapié no en el talento disponible, sino en la vocación que se sigue, que es también a un tiempo personal y circunstancial y que tantas veces brilla misteriosamente por su ausencia.

Después de un siglo de pensamiento español sabemos que “la esencia del hombre, más todavía que en su ‘naturaleza’, en lo que ‘tiene’, consiste en su ‘vocación’”. Estas palabras de José Luis L. Aranguren se pueden leer en su estupendo libro sobre catolicismo y protestantismo. Y sin embargo, ¿quién habla de vocación? ¿quién cree en ella? La mayoría de la gente, tomando el rábano por las hojas, apenas ve más allá de la

fatal circunstancia y no entra en el meollo del asunto, que consiste en asentir a la voz que propone insistentemente y obrar en consecuencia... o hacer cualquier cosa. El tema interesó más a los protestantes y sea cual fuere el alcance que tenga la tesis de Weber, es imposible dejar de observar diferencias entre ambas concepciones del mundo. “Los protestantes que llegan a conocer suficientemente un país católico — escribe Aranguren— advierten con sorpresa el amparo espiritual que procura esta religión”. Sí, pero también se notan cosas al hacer la experiencia contraria. ¿O son pardos los gatos todos y da lo mismo ser andaluz que danés?

Durante algún tiempo, acá no importó mucho eso de tener que dedicarse a algo cismundano que se le propone a uno por dentro y a muchos de nuestros abuelos, de vida breve y fe sólida, casi les daba igual ocuparse en esto o en aquello. Salvador de Madariaga, que conocía profundamente Francia e Inglaterra, así como sus lenguas y otros países, advirtió en una obra maestra de psicología comparada que los estudiantes españoles, con excesiva frecuencia, siguen estudios para los que sienten poca o ninguna inclinación. Era 1928. Para el gran catador de pueblos, que vive fuera y escribe el libro en inglés, España es el país de las vocaciones equivocadas. Setenta años después, con la posmodernidad colándonos de rondón, ¿qué podemos decir? Cuando al principio de cada curso comprobamos que miles de estudiantes no pueden estudiar lo que desean, por no alcanzar la nota mínima que piden facultades o escuelas universitarias, para no hablar de los temerosos que eligen lo que haya a la vera de papá y mamá, recuerdo *Ingleses, franceses, españoles*, que don Salvador reescribió en español el año siguiente. No hace mucho, ABC informaba que el 68 por ciento de cuatrocientos médicos consultados declararon

que no volverían a serlo. ¿No son demasiados arrepentidos, tratándose de una ocupación tan cacareadamente vocacional? La historia no pasa en balde y muchos siguen desoyendo la voz interior. Allá cada cual con su desgano. Porque no se trata de poder hacer una cosa y punto, como se dice ahora. La vida humana es harto más complicada.

Aficionado a la lectura de Schopenhauer desde que estudiaba secundaria en Múnich, cuenta un biógrafo, Einstein pensaba que podía hacer lo que quisiera, pero al inteligentísimo judío le preocupaba que no lograba quererlo. Claro. Un hombre podrá hacer lo que quiera, como había discurrido el filósofo, pero no querer de veras lo que apenas se desea. Al otro lado del canal, en un resonante ensayo de 1869, *Culture and Anarchy*, Matthew Arnold sostiene que “la más feliz e importante cosa para un hombre es ser capaz de hacer lo que le gusta”. Ahí es nada. ¿Cuántos españoles trabajan en lo que les gusta? A mi juicio, menos que en otros países europeos, todavía con diferencia notable. Esta es la cuestión que algunos, por lo visto, ni se plantean. De ahí quizá la costumbre de trabajar en varios sitios, que ha llegado a tal grado de habitualidad que acá no se comprende a quien declina una suculenta canonjía.

He pensado largamente sobre esto y a mi juicio ha aumentado de modo preocupante el número de los profesores que carecen de la menor vocación docente. En mi opinión, el maestro o profesor o catedrático que no siente la necesidad de operar en el ama de los niños o de los jóvenes, para decirlo con Kerschensteiner, el profesor que tuerce el gesto cuando oye hablar de alumnos y se refugia sin pudor en puestitos administrativos que rebajen horas de clase y aun en puestazos que las hagan olvidar enteramente, ese profesor no merece tal título por muy

temprano que se levante. Piénsese en Pestalozzi, acaso no muy superior intelectualmente, administrador mediano, pero integérrimo como pedagogo de los suizos, cuando los suizos eran pobres. (En los suizos se cumple la ley general insistida por Galbraith en su reciente libro *Una sociedad mejor*. No hay población educada que sea pobre ni población no educada que no lo sea). No sé si algunos pintores detestarán la pintura, si habrá jueces que sufren administrando justicia o cazadores a quienes molesta perseguir a sus piezas; pero que un profesor no se complazca en la enseñanza que parece haber profesado, garantiza muy poco el buen funcionamiento de las instituciones docentes.

No son casos aislados e irrelevantes, sino todo lo contrario. En busca de la seguridad que proporciona el funcionariado, las inextricables oposiciones facilitan el acceso a una función que queda blindada y en ciertos niveles se ha consolidado un tipo de profesor que piensa menos en educar a los chicos que en investigar —siempre que haya dinero, por supuesto— o en otros menesteres. A los chicos que los eduque su padre. Y como muchos progenitores tampoco están por la labor y ni siquiera les procuran sitio habitable en casa, los jovencitos se fugan a sus movidas de alcohol y de ruido en busca de una identidad que casi nadie les ayuda a elaborar.

Este problema puede ser antiguo, pero el estudiante de antes —un pequeño cupo, con bastante frecuencia intrínsecamente motivado— poco tiene que ver con las legiones actuales de muchachos y muchachas, legiones que han ido rompiendo las viejas líneas defensivas y cuya recomposición (la de las líneas) no será fácil. En su magna *Ética*, de 1926, Nicolai Hartmann intercaló un breve apartado sobre ética y pedagogía; propone tender un puente entre ambas y la página termina considerando que educadores con

vocación habrá siempre pocos, pero los pocos son la sal de la tierra. “Der beruflichen Erzieher wird es immer wenige geben. Aber die Wenigen sind das Salz der Erde”. ¿Habrá sal suficiente para salar a cuantos se acercan a la cultura, que son ya casi todos?

El problema de profesores espectacularmente indiferentes empieza a ser grave y muchos fracasos escolares resultan comprensibles. En fin, si no me equivoco, el problema que nos concierne fue planteado insuperablemente por san Pablo en su primera carta a los corintios: “Ya puedo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles, que si no tengo amor no paso de ser una campana ruidosa o unos platillos estridentes. Ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo el saber; ya puedo tener toda la fe, hasta mover montañas, que si no tengo amor no soy nada”.